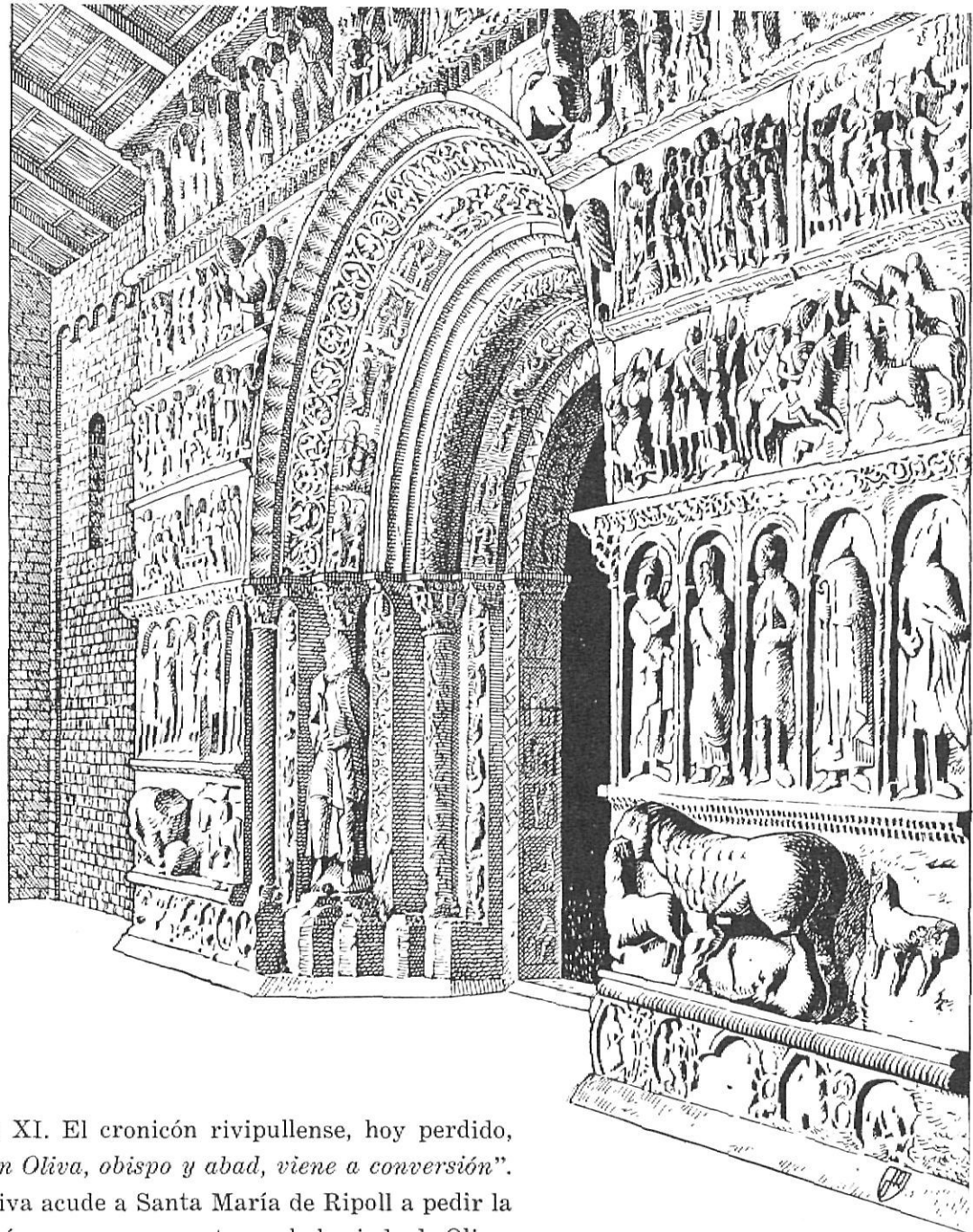


EL ABAD OLIVA Y LA CIENCIA

Por JUAN PRAT
COLOMER



Ha nacido el siglo XI. El cronicón rivipullense, hoy perdido, consigna: “Año 1002. Don Oliva, obispo y abad, viene a conversión”. Esto es: que aquel año Oliva acude a Santa María de Ripoll a pedir la cogulla monástica. Detengámonos un momento en el abaciado de Oliva.

Este momento fue para Ripoll su edad de oro y su tiempo santo. La obra de la basilica florece y crece, porque el Cenobio es la mitad del alma grande del Abad y cual si fuera un vaso precioso lo labraba ya que nada ni nadie interrumpe la tarea de crecimiento de la fábrica sagrada. Así se remata la obra suntuosa amada tan entrañablemente y surge la Portada —el Arco de Triunfo del Cristianismo—, que magnífica la dedicación del templo.

Los siglos festejan el nacimiento de aquel lirio del valle, la flor y la verde pupila de la Marca Hispánica, que en ninguna otra parte de Cataluña como en esa cuenca de Ripoll, es dable asistir al misterio de la infancia de nuestro pueblo coronado por aquella Torre de David.

Pero también los siglos venideros cultivan la carcoma del cáncer que desmorona poco a poco —lentamente— esa Biblia en piedra. En 1959 con un martilleo febril y traspasando muros, es lanzada la voz de alarma que desvela a los organismos de la nación, para encontrar remedio “al cuerpo enfermo”. Insistencia agónica, como la que sería de Oliva cuando a Benito pide que ya que fue ayuda y solaz de miserables, sea de sus huestes negras padre y caudillo. Y tal como el prelado Oliva erigió desde sus cimientos esta aula sacra, donde brilla allí dentro Benito, cuyas reglas conducen al cielo; también surgen rápidamente desvelos y soluciones viables para

el remedio que tiene que parar la desintegración de aquellas piedras que un día acogieron sin queja la mordedura del cincel guiado por mano de artista con cogulla o simplemente cansadas de ser la admiración de las generaciones y quizás si también amargadas por largas épocas de olvido.

La primera autoridad nacional en la materia, el Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes, interesado en el drama de la fachada de Santa María, dio suficientes muestras de preocupación, cuando puso en atención constante a todo el personal del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, con la enorme esperanza de encontrar el procedimiento de conservar la reliquia más preciada del arte románico, legado de Oliva.

Promesa firme que personalmente partió de la misma autoridad nacional: "La lucha planteada para evitar la pérdida de la fachada de Ripoll no es fácil ni mucho menos, pero aunque no se haya alcanzado todavía la victoria no hemos perdido la esperanza de obtenerla y a mantenernos firmes en esta lucha nos obliga además del propio valor que el Monumento tiene, las constantes incitaciones y estímulos que de todas partes recibimos. No sabemos todavía si será o no positivo el resultado de tanto esfuerzo, pero en cualquier caso la Portada de Santa María de Ripoll se convertirá sin duda en un ejemplo clásico de esta clase de estudios".

Quiso Santa María que el insistente clamor de ruegos había de hacer que cayese lluvia copiosa de bendiciones. Si todos con grandes voces implorábamos sobre Ripoll el rocío del cielo y la grosura de la tierra; no podían ser desoídas por las almas benedictinas y soberanas, procedentes de reliquias de la cristiandad y despojos venerandos, prendas de incolumidad depositadas en el relicario de la Basílica, y apoyasen el punto de partida de la solución definitiva anhelada, ya que fue posible encontrar el remedio; por lo menos evitar por muchos años el avance de la dolencia. Resultados inesperados y pruebas sorprendentes, ahora, como lo serían cuando con qué ansioso anhelo sigue Oliva el crecimiento de la obra sagrada. Si acaso la obra desfallecida en el fervoroso ímpetu que la hacía crecer, por falta de recursos, de dondequiera impetraba limosnas para la ejecución suntuosa amada tan entrañablemente —y como sigue siéndolo hoy por hoy por todos los ripolleses— y no perdonaba las más lejanas amistades.

De la misma manera que los moradores de Ripoll, a la segunda mitad del siglo XX; crearon un gran sector de opinión, interesado y alarmado, que obligaron a lanzarse denodadamente al ataque del mal; también Oliva sabía hacer llegar su deprecación osada y púdica a la vez, como de quien no está avezado a mendigar. Y así a cambio de su consulta negativa, le dirige, al rey don Sancho de Navarra "(rege ibérico", le llama Oliva), la blandura y la humildad de este ruego:

"Os rogamos, Señor, que os plegue dar alguna cosita a vuestros siervos para continuar la obra comenzada de Santa María de Ripoll, a fin de que, confortado con su auxilio podáis sosteneros impenetrables contra los dardos del enemigo y limpio de toda culpa podáis contemplar, apacible, el rostro de su Hijo en el día del juicio tremendo".

No es, pues, de admirar si en la vigilia de la dedicación del templo nuevo, cuando Oliva vio la obra consumada sintió una alegría gigantesca: "Exultavit ut gigas"; es hoy alborozo poder asegurar que la Portada del Monasterio de Santa María de Ripoll, gracias a la ciencia y a los organismos estatales que siguen considerándola como monumento nacional, está salvada con un tratamiento que ha devuelto su color, su prestancia y su empaque magnífico.

Hoy, como otrora Oliva, satisfecho de la obra gloriosa, la miró y vio que era bella.